

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

n. 1526-A

pep.

1526

CARTA DE LAS REGIONES: ALMERIA



Hablar de Almería, donde vivo desde hace nueve años con voluntad de diálogo con su juventud y sus hombres inquietos—que también los hay aquí en el Sur junto a la cañadú tropical—, sírvame de ejemplo Perceval, el de la *Degollación de los inocentes*—, contar de Almería, tan esquiua y, a la vez, tan cordialmente entregada, tan suya y tan en lo suyo, y también tan de todo forastero con inocencia, no es cosa fácil. Almería es una de estas ciudades donde no pasa nada y donde, bajo la paz de su vivir, rebrama una potencia sorprendente. No es una ciudad tranquila. Es, quizá, una ciudad triste, melancólica, que el mar no consigue vulgarizar y que, como en esas biografías de místicos, tan y tan sorprendentes «a los que no les ocurre nada» que pudiera contar un periodista, recibe la estupenda vista del Señor en una domesticidad que nos da escalofríos a los que vivimos la anécdota exterior de la vida, entregados y arrebatados.

Almería es una ciudad que hay que auscultar. Que hay que calar. Hay que llegar al hondón de su alma. Porque, además, esta ciudad no es camino de ninguna parte, sino de sí misma, no tiene—¡ay!—ruta turística, ni caminos comerciales, ni nada que no sea, eso, Almería. Es el fin del mundo, como Galicia. Y desde ella no se puede más que retroceder o irse al otro mundo. América o la muerte a lo Jorge Manrique. Sí, el fin del mundo, un *finis terrae* más allá del cual está el cielo y el mar.

Almería es una ciudad íntima, y desvelar sus recatados secretos de novia y novicia en soledad cuesta caro. Cuesta hacerse almeriense. Y casarse y morirse aquí. Mucha gente lo ha hecho. Mucha gente lo hace.

Verla cómo desciende hacia el mar desde sus cerros desnudos de ascética de hueso y oración donde no hay árboles, ni hierbas, ni casi tierras.

La ciudad tiene dos cerros con ruinas de historia y es blanca y plana, oriental como ninguna ciudad de Marruecos. Con una luz recortada, difícil, que los viajeros aseguran se encuentra únicamente en las rutas de Damasco o de Tierra Santa. Su puerto es grande y sólo con veleros de cabotaje de maderas y mármoles y sal, algunas veces. Cuando la «faena de la uva» vienen, sí, barcos extranjeros, y suecos y negros americanos, italianos o brasileños caminan por la ciudad soñolientos y ajenos.